

EXPLICACION DEL PASAJE DE LA MUERTE DE LAZARO

Con el relato que hemos meditado, estamos llegando al final del "Libro de los signos", la primera parte del evangelio de Juan.

La resurrección de Lázaro es el último de los siete signos que nos relata este evangelio y el punto culminante de todos ellos, pues una vez que la creación ha quedado sometida y la salud del hombre restaurada, este último signo expresa la victoria de la vida sobre la muerte. El último enemigo ha sido definitivamente derrotado.

El centro del capítulo 11 recoge las tres escenas más importantes del relato: el diálogo de Jesús con Marta (Jn 11,17-27), el encuentro con María (Jn 11,28-37), y la resurrección de Lázaro (Jn 11,38-44). Estos tres momentos van precedidos por una amplia introducción (Jn 11, 116) en la que el evangelista hace una primera presentación de los personajes y adelanta algunas pistas para que el lector comprenda mejor lo que va a pasar. Nos sorprende que el final del capítulo (Jn 11,45-57), en vez de continuar relatando lo que ocurrió con Lázaro, o la reacción de Marta y de María, exprese las diversas actitudes de los judíos presentes: algunos creen en Jesús; otros, en cambio, toman la decisión de matarle.

En ocasiones anteriores hemos visto cómo la acción de Jesús va seguida de unos diálogos o discursos que explican su sentido. En este último signo, observamos que cambia un poco la estructura: los diálogos aparecen mezclados con el signo, de modo que éste, colocado en la parte final de la narración, ilumina todo lo que Jesús había dicho antes a Marta, a María, y a sus propios discípulos.

Hay dos ideas en la introducción que no podemos pasar por alto, ya que encierran la clave para comprender el sentido de los signos y, en general, de todo el evangelio: la revelación de la gloria de Dios (Jn 11,4) y la fe con que el hombre debe responder a ella (Jn 11,15). Ambas ideas, van apareciendo, de forma más o menos expresa, en todos los signos que recoge el evangelio, desde el primero ("Así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en Él", en Jn 2,11) hasta el último. La idea de la fe aparece una vez más en la conclusión del capítulo 20, cuando el autor indica que esos signos han sido escritos en el evangelio "para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios; y para que creyendo tengáis en Él vida eterna" (Jn 20,31). Vamos a centrarnos en Jn 11,17-27, atendiendo a los versículos de presentación, al fluido diálogo entre Jesús y Marta, y a los dos temas centrales que se desarrollan en él: la resurrección y la fe.

El episodio se sitúa en Betania, un pueblecito próximo a Jerusalén, cuatro días después del entierro de Lázaro. Parece que Jesús llega tarde a propósito: se trata de poner de manifiesto que la muerte de su amigo es real, con el fin de resaltar lo espectacular del signo.

El evangelista hace una detallada presentación de todos los personajes:

– Son pocas y confusas las noticias que tenemos sobre Marta, María y Lázaro en los evangelios. Sólo Juan los presenta como hermanos;

Lucas nos habla de las dos hermanas pero sin relación alguna con Lázaro (Le 10,38-42);

Mateo y Marcos nada dicen sobre ellos. María, según cuenta nuestro evangelio, es la mujer

que ungió los pies del Señor con perfume (Jn 1 1,2; 12,3).

– Los judíos, según lo prescrito en sus tradiciones, acompañan en el luto a los familiares del difunto. Pero en la intención del evangelista juegan un doble papel: por un lado, son testigos de lo que habría de suceder a continuación y, por otro, dejan de manifiesto la terquedad de muchos de ellos, que se niegan a creer en Jesús y buscan motivos para acusarlo. Son conocidas para nosotros las constantes discusiones entre el Señor y estos judíos.

– Los discípulos de Jesús no aparecen citados, aunque si nos fiamos de lo que se dice en versículos anteriores (Jn 1 1,16) hemos de suponer que están presentes.

Marta es quien toma la iniciativa y abre el diálogo con Jesús: "hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto" (Jn 11,21). A pesar del dolor por la muerte de su hermano, parece que la confianza en el Señor prevalece sobre el reproche: aquel que había curado a otros sin duda tenía poder para sanar a su propio amigo. Las palabras son las mismas que pronuncia María más adelante (Jn 1 1,32), pero en boca de Marta suenan de forma distinta. Es como si su corazón albergara la esperanza de que en el Señor todo tiene remedio. Esta esperanza es la que le mueve a dejar a su hermana e ir al encuentro del Señor; esta misma esperanza es la que le hace decir: "aun así, yo sé que todo lo que pidas a Dios Él te lo concederá" (Jn 1 1,22).

Los versículos siguientes (Jn 11,23-26) desarrollan el tema de la resurrección haciendo que aparezcan a lo largo del diálogo la concepción tradicional del pueblo judío y la novedad de la teología de Juan.

Muchos judíos creían entonces en la resurrección de los muertos "al final de los tiempos" (Jn 1. 1,24). El cambio es Radical. Marta, que aguarda una resurrección en el último día, se ve sorprendida al comprender lo que espera le llega ahora en la misma persona de Jesús: "Yo soy resurrección y la vida" (Jn 1 1,25).

La vida eterna es promesa para los que han muerto y también para los que aún viven. Esta vida no está limitada por la muerte, que queda como un trance por el que todos han de pasar. Las palabras de Jesús nos hablan de vida eterna, de que el poder de la muerte, en cuanto realidad definitiva, está vencido.

La propuesta de Jesús aparece estrechamente unida a la fe, alimentando de esta forma la esperanza actual de los creyentes. El que cree en Jesús, tanto si ha muerto como si está vivo, no morirá para siempre porque Dios envió a su Hijo al mundo para que el que crea en Él tenga vida eterna (Jn 3,15-16). El tema se expresa de forma directa en la pregunta de Jesús a Marta: "¿Crees esto?". Tanto la pregunta como la posterior confesión de fe nos traen a la memoria otros diálogos similares del evangelio (lee, por ejemplo, Jn 6,67-69). Marta es capaz de actualizar su fe desde la conversación con Jesús.

Ya no se trata de esperar hasta el final de los tiempos para saber cual es destino definitivo del ser humano. En Jesús, con quien está hablando, a quien puede ver y tocar, llega la resurrección y a vida definitiva; la vida eterna no es solo una esperanza en un futuro lejano sino una realidad